

Siglo XX

Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano.

Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.

Los niños y la invención de la realidad

En *La esfera y la cruz* dice uno de los personajes de Chesterton: “Hay un culto moderno por los niños. ¿Y qué es el culto moderno por los niños? ¿Qué es ello, en nombre de todos los ángeles y diablos, sino el culto por la virginidad? ¿Rendiría nadie culto a ser alguno solamente porque fuese pequeño o en ciernes? No: ustedes han querido huir de este ideal, y el mismo punto que habían señalado como meta de la huida, resulta ser el mismo ideal del que huyen. ¿Me equivoco al decir que estas cosas parecen eternas?”.

Ese culto de la virginidad, que es preocupación por la infancia, por aquello naciente y aun incontaminado del hombre, ocupa hoy la mayor zona, acaso la más profunda, en el mundo de lo inteligible. La llamamos preocupación porque es en el hombre una toma de conciencia y no sólo un esporádico asunto estético para lucimiento de almas que se dejan ablandar por la ternura. En *L'art d'être grand père* tuvimos un ejemplo de tal quehacer estético: Víctor Hugo tocó esa cuerda mínima y aguda con la misma maestría con que recorrió las otras, para probarse a sí mismo su capacidad elocuente de emoción. Pero el tema que ahora nos preocupa tiene otras raíces, otras causas que parecen hacerlo surgir, paradójicamente, del espectáculo del mundo. En esta época la crueldad, malicia y lascivia, el conocimiento de lo puro se obtiene por negación, como se sabe cómo es la luz cuando no se la ve, porque la oscuridad excita nuestros poderes y la adivinación se conjuga con el ansia de lo que no se tiene. A Rousseau, con su prodigiosa imaginación de meditativo, no le fue difícil concebir el hombre natural, tomarlo desde la infancia y llegar a su completo logro mediante procedimientos discursivos que, si no estaban fundados sobre lo real, provenían en cambio de la

observación que él hizo de una sociedad amanerada y falsa en la que todo podía darse, menos el ejemplar de hombre que era su anhelado Emilio. Pensándolo así, no es de extrañar que en nuestros días, cuando el mundo ya no aparece amanerado ni falso –salvo en excepciones intrascendentes, de supuesta originalidad mental– sino que forma un cuadro casi homogéneo de crueldad selvática unida a una perfidia que suele confundirse a veces con la estupidez, sea precisamente uno de los temas del arte y del pensamiento este puro niño, esta recordada infancia que asoma su rostro en tanta obra noble de un innoble presente. El “culto de la virginidad” de lo que todavía no ha sido tocado por la corrupción del tiempo es, acaso, la nota dominante en muchos espíritus que no se caracterizan por mirar hacia atrás sino por estar en el mundo y vivir en su tiempo. Queremos decir que no es el



Christoph Abbrederis. *La bella durmiente*. La Galera. 1997

suyo asunto estético de sueños alejados de la realidad. Al contrario; el culto a ese apetito de vida no mancillado, que es la niñez, lo observan hoy quienes sienten más profundamente la marea de fuerza bruta y de trama de leguleyo que es nuestro tiempo. Porque a primera vista parecería contradictorio, y quizá rebuscado, pensar en la infancia, crear pintura, poesía o novela con motivos de la niñez en momentos en que todo interesa a los hombres, y principalmente acechar para destruirse, menos el hombre que nace.

O mejor dicho el niño, que no es todavía hombre sino un lujo inútil, ni siquiera suntuario. Porque el niño, en este tiempo, no adorna a nadie: Cornelia no podría exhibirlo y tendría que ocultarlo a la voracidad social. El niño es un número para ciertos Estados, productos de psicología individual aglutinada con los que parecen no acabar las guerras: son también esos Estados, los que detentan y difunden esas tres características apuntadas de crueldad, malicia y estolidez. Al espíritu que se retrae, substrayéndose a esa psicología absorbente, le queda la tarea de anhelar un nuevo Emilio, que no es un sueño sino un conocimiento de lo puro por negación de lo que lo rodea y amenaza invadirlo. Y ésa es la toma de conciencia que hoy asume la forma de un niño en el arte y en el pensamiento, por ver si puede ayudar en algo a lo que la educación desamparada, desoida, bastardeada, culpable o perseguida no pudo conseguir, o consiguió mal en tantos siglos de intentos solitarios. Pero acaso no sea tarea de ayuda lo que se propone. Contentémonos con advertir que hay una presencia real, efectiva, en muchas meditaciones y en innumerables obras de arte.

El tema de la infancia coincide con la preocupación humanista, con un nuevo humanismo que no es retorno sino revalorización y acrecentamiento. Porque del "niño", como del "hombre", siempre se ha ocupado el hombre. Dejemos la etapa plena a quien a ella se dedique, ateniéndonos sólo a lo que del niño se ha podido ver hasta hoy.

Los pensadores, escritores y artistas que fijaron sus miradas en la infancia lo hicieron, los primeros, con una intención pedagógica: vieron en el niño el hombre que devendría, y se ocuparon de imaginar y organizar su educación. Los escritores, guiados por el sentimiento, encarnaron en la infancia toda la ternura y candidez que podían hacer de ella un motivo estético, sino apasionante por lo menos placentero, conforme al gusto de lo que ha dado en llamarse delicado, fino, a veces con ciertos toques de afemina-

miento. El niño era un sujeto amorfo, o mejor dicho de una morfología propia, con caracteres imposibles de renovar; aparecía en la novela o en el poema como una travesura ingenua que desencadenaba tempestades, resueltas siempre mediante el agrado o el disgusto de los inocentes, según pretendiese la literatura infundir júbilo o compasión. Nunca era el niño más que un personaje episódico: elemento en las obras clásicas; en las románticas, una tramoya que substituía a las fuerzas invisibles. No mencionaremos aquí el material humano indispensable que recibe o padece los favores de lo maravilloso, que son las hadas y todo su cortejo.

En las artes plásticas el niño aparecía también, pero como un tema decorativo; pocas veces con el rigor que trasuntase un estado de ánimo en la infancia. Era la inocencia ornamental. Ahora, hasta en las artes plásticas parece haber evolucionado, al punto que asume casi todas las emociones y participa de la

vida íntegra del hombre. Aquí podríamos ver un intento de avance sobre la llamada virginidad, si la infancia no fuera ese estado tan sutilmente impermeable, que puede reflejar la pasión de los hombres, pero nunca la hace suya hasta el fondo. En la infancia hay una calidad angélica que no se pierde sin tiempo. Y nada prueba en contrario la precocidad de los niños: la infancia siempre es, concretamente, sólo un niño, como la especie humana se concreta en el hombre.

Pero estos intentos del arte —pintura y literatura— no se limitaron a la representación de la imagen del niño. Nuevas concepciones estéticas produjeron un descrédito de lo delineado y fijo, de aquellas formas demasiado conceptuales en las que podían verse la captación visual de una realidad, pero no su entendimiento profundo. La pintura buscó otro lenguaje; en ciertos momentos deshizo las líneas formales y combinó los colores con la audacia que sólo una rudimentaria técnica, como la de los primitivos y los niños, puede hallar para la expresión de su mundo. La literatura también rehizo el aprendizaje. Adiestrada en nuevas teorías psicológicas, a veces adelantándose a ellas, descubrió otras vetas ricas e inexploradas, exponiéndose a que la culparan de un retroceso a lo caótico en el que, desechando al hombre civilizado, caería en los antros del subconsciente de la representación del mundo en las sociedades infraculturales. Sin embargo, todas son búsquedas de lo inteligible y se requiere más conciencia para ambular en lo desconocido, en procura de conocimiento, que

"El arte vio asomar en sus obras a un niño que no era aquél episódico y circunstancial que antes le sirvió de ornato, sino otro más real, que tiene sentido y a veces le presta su lenguaje o sus ojos para contemplar el espectáculo"

para seguir dócilmente los senderos trillados del lugar común, así sea los de los axiomas inconmovibles. Al poder de la razón, rígidamente lógico, se le sumó la intuición, que es movimiento. El hombre que piensa requiere ese impulso vital para que no se le paralice y desequilibre el espíritu. Y de ese modo, puesto en primer plano el valor que la filosofía de Bergson y otras formas del vitalismo acompañaron con sus prédicas, el arte vio asomar en sus obras a un niño que no era aquél episódico y circunstancial que antes le sirvió de ornato, sino otro más real, que tiene sentido y a veces le presta su lenguaje o sus ojos para contemplar el espectáculo. “¿Me equivoco al decir que estas cosas parecen eternas?” –se pregunta Chesterton.

La infancia no ha aparecido porque sí, sin ninguna razón en estos tiempos paradójicos. Podemos preguntarnos, quizá, si bajo esa apariencia de desequilibrio y esta realidad de crisis espiritual, no son, efectivamente, más conscientes. La inteligencia no se ocupa sólo de sí misma, no se encastilla y deslumbra dentro de su propia claridad, sino que presta atención a lo oscuro e ininteligible. Y ni siquiera podemos vanagloriarnos, porque es señal de que todo eso existe y la acecha. Pero es delimitar posiciones reconocerlo, saber que está ahí; su entendimiento procura aclarar las sombras. Por eso la aparición del niño, que se viene observando en el arte y el pensamiento, significa algo muy importante. No es, en manera alguna, una moda más, “insania agradable”, como calificara a las modas nuestro recordado Chesterton. El tema del niño es una busca consciente, agudizada, un producto de la razón tumefacta del hombre, que así o está merced a los embates que ha sufrido en su empeño de sonreír disciplinadamente a todo lo que no era ella misma. Lo irrazonable le parecía una curiosa fugacidad o algo que era posible aislar declarándolo inexistente. Pero he aquí que nada se aísla menos que lo desconocido. No hay más que abrir los ojos y procurar hacerlo conocimiento. De todos modos, es un buen síntoma esta toma de conciencia que hoy nos preocupa: síntoma de cordura dolorosa pero cordura al fin.

Todas estas reflexiones vienen bien en esta hora de reconstrucción de la casa derruida, que es nuestro país. De nada vale echarnos a llorar sobre los escombros, ni hacer demasiados aspavientos sobre la lenta ruina que nos invadía, desesperándonos aunque sin quitarnos la esperanza. Ya todo eso pasó; la maleza

continúa en el jardín que cultiva Cándido, o el optimismo democrático. Sin la maleza, que son las espinas de la realidad y nos despiertan hincándonos con el error de los bien intencionados, la hipocresía de los conversos a la hora nona, y la contumacia de los saboteadores, creeríamos estar viviendo el Juicio Final, con la recompensa de los justos y el castigo de los culpables...

Felizmente y aunque no nos guste, ahí está la maleza obligándonos a vigilar, a emplear la azada, la tijera de poda para los brotes viciosos y la buena semilla para una cosecha inmediata. La tarea es difícil; pero el vendaval revolucionario nos allanó el terreno. Bien vale la pena emplear nuestras fuerzas físicas, ya que sólo las morales eran las que nos venían sosteniendo. Y el peligro es dejarse amilanar por el cansancio y la dificultad. Éste no es momento para los débiles, y los remisos son, llana y simplemente, traidores.

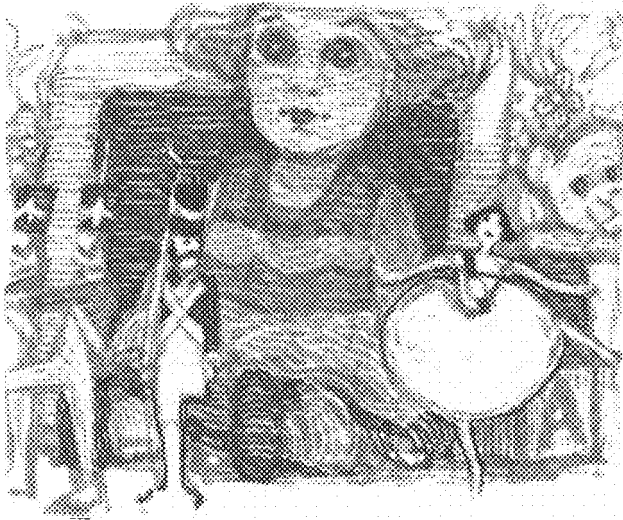
Si la inteligencia no sirve para civilizar a las masas, es decir, para hacer luz en ese archivo del error, que es la superstición y la ignorancia sobre las que reina la tiranía, y cuya secuela es siempre el insolente desafío a la cultura, bueno será que los hombres presuntamente inteligentes se encierren otra vez en su campana de cristal. Habrán demostrado que los pueblos nada tienen que esperar de ellos. Pero éste no es el caso; creo que todos

debemos abandonar nuestro egoísmo individualista y sumarnos a la tarea común en la medida que nos es propia.

Suficiente objeto nos fue dado para la reflexión en ese tiempo en el que contemplábamos, inmovilizados, cómo al espíritu de nuestro pueblo –que venía desarrollándose a través de la historia mediante las normas y los ideales formativos del cuerpo de sus instituciones libres– pretendían sojuzgarlo, sitiando a los hombres de bien, deformando a la juventud y apoderándose de la infancia. La aventura totalitaria, por la que se abrió paso otra vez la barbarie vista hace ya más de un siglo por Sarmiento, tuvo como aquella otra tiranía, etapas en las que culminaba el terror, junto a otras en las que el marasmo parecía invadir todas las capas sociales. Semejante en la eficaz captación de las masas y en el asedio sin tregua al espíritu libre, asumió sin embargo aspectos más perfeccionados que intentaban confundir a la opinión general sin lograrlo del todo. Aquella apeló simplemente al exterminio de cuantos no pensaban como ella, degolló a quienes se le oponían y cerró las

“El ‘culto de la virginidad’ de lo que todavía no ha sido tocado por la corrupción del tiempo es, acaso, la nota dominante en muchos espíritus que no se caracterizan por mirar hacia atrás sino por estar en el mundo y vivir en su tiempo”

escuelas, para que reinase una completa oscuridad en el cubil donde el monarca del desierto digería a sus víctimas. A esta otra la perdió el mal uso del lenguaje: lo torció, para disfrazar sus propósitos, quiso oponer sus vocablos de cartón y mampostería al espíritu de la verdad, que habla por el recto sentido de todas las palabras, y, por fin, se embriagó con el vaho



Gabriel Hernández. "El valiente soldadito de plomo". *Cuentos de Andersen*. Anaya. 1999

de sus propias mentiras. Uno de sus métodos diferentes fue el de utilizar la escuela y las publicaciones de toda índole para sepultarnos bajo su hojarasca. Está demostrado que no lo consiguió, puesto que los hombres de bien, y la juventud —que hace diez años era infancia— fueron los que derribaron a la dictatorial hipocresía. No podemos ahora descuidar ese eslabón importante de la sociedad humana, que es la infancia.

Tarea de escritores y de artistas —y de todos los que se empeñan en el decoro de un país— es volver los ojos a la infancia. Demasiado tiempo emplea la democracia en discutir razonablemente sus intereses; cosa que está muy bien, pero siempre que no descuide a los niños. Porque entonces le ganarán de mano otras teorías, que están siempre al acecho. No quiero decir con esto que la democracia —forma política— se inculque a los niños como dogma para corifeos o consigna para secuaces; las ideologías, por abstractas, nunca dejan sedimento en el alma infantil. Pero uno de los aspectos inmediatos de la

democracia es la libre expresión, el dejar a los niños y a los grandes que participen de la vida en común. Pero se imponen los usos y las costumbres, y es desconcentrarse y hasta peligroso tratar de infiltrar la innovación. Lo nuevo parece siempre escandaloso, y tiene un aire de jactancia y desafío, como la actitud del muchacho que en un hogar burgués, trata de colgar un cartón moderno, seguramente pintado al lado de los de su edad, con la guía de un maestro que está más acá del gusto de sus padres. Y éste es el caso —aunque parezca revolucionario y no apto para menores el decirlo— en que debemos pensar con

"El tema de la infancia coincide con la preocupación humanista, con un nuevo humanismo que no es retomo sino revalorización y acrecentamiento. Porque del 'niño', como del 'hombre', siempre se ha ocupado el hombre"

seriedad en la ingeniosa *boutade*, modelo de psicología popular y verdad profunda del alma del hombre que crece en el mundo: "¿cómo educar a papá?". Porque ocurre que es el hombre, y no la mujer —más imaginativa— quien opone trabas al hijo. Casi todos los hombres creen que su descendencia tiene que educarse en la misma forma en que ellos lo hicieron; complejo de suficiencia del

que participan los maestros. La madre permanece al margen. ¿Por qué será que los padres, y los maestros, tienden a repetir hasta el cansancio —si alguna vez se cansan— lo que ellos aprendieron en su infancia? ¿Les parecerá la única dosis suficiente o es que aspiran a reproducir su vanidosa perfección, tan desafortunada?

En cambio, la mujer, respeta la originalidad y el genio del hijo, al que no comprende, pero desea mejor destino. Por eso en la infancia, aunque admire al padre y al maestro, el niño está más cerca de la madre. Ella es la que lo deja inventar la realidad, y muchas veces se suma a la invención, como una criatura a la que se le hubiera vedado gozar su infancia.

Los hombres se sienten desterrados del paraíso de los niños. Y tienen razón. Demasiada razón, por eso no pueden habitar en él. A los maestros, que no saben jugar, también les está cerrado el paso.

Los niños inventan el mundo: en lo que dicen, en lo que escriben, en lo que pintan. No quiere decir por eso que nos inventen a nosotros, que

estamos a su alrededor. ¡Dios los libre! Nosotros ya existimos, a su pesar; pero ellos nos miran distintos, gracias también a Dios; y a sus ojos, no empañados todavía por el aire del tiempo y del mundo. Nunca les parecemos a su nivel, ni tampoco viejos: les parecemos eternos, como las cosas que ya estaban aquí cuando ellos vinieron. Los pájaros son más jóvenes que los niños, porque los ven nacer y morir, sin ceremonias, ante sus propios ojos.

Kierkegaard decía que la infancia es la edad pre-lógica; pero hay una lógica de la infancia que no se equivoca nunca. Y ésa es la que inventa la realidad



Luis de Horna. "La reina de las nieves". *Cuentos de Andersen*. Anaya. 1999

de un mundo, que es la que la rodea, y en definitiva la única a mano; le sirve para vivir y para crecer en paz.

Quisiera contar una anécdota que no es más que una experiencia, una moneda de esta gran riqueza que los humanos gastamos alegremente y sin darnos cuenta. Hace poco tiempo se organizó uno de los innumerables concursos de dibujos infantiles; no hace al caso quiénes se llevaron los premios; pero entre las cartas que acompañaban a los cartones –porque los niños explican siempre, verbalmente o por escrito, o siquiera con una palabra al pie de los trazos, lo que quieren decir– una, singularísima, me reveló, sobre todas, la invención de esta realidad que ocupa a la infancia. Una niña de Lonquimay, pueblo de la provincia de la Pampa, presentó un dibujo del mar en su aproximación a la tierra que era todo un croquis de lo que su alma quería; es decir, de lo que su imaginación le dictaba para que ella diera realidad significativa a sus sentimientos.

"Hice –no dice 'pinté' sino 'hice'– a mi querida mamá con una estrella de mar en las manos"; y nuestra pesquisidora costumbre nos lleva a buscar una intención metafísica en su quieto dibujo. "Elegí ese paisaje –sigue diciendo ella, que está en la pampa, mar de tierra y cielo– porque algún día pienso ir a conocer una playa, y el mar, que me gusta mucho". Y aquí viene la motivación del dibujo: "El marinero es mi hermano que está haciendo la conscripción y le tocó dos años de marina; él sí que a veces estará como lo dibujé, porque está en Mar del Plata". Y continúa la descripción de sus signos: "Estamos sentados en unas rocas. El marinero tiene la boca así porque va cantando".

No interesa si el dibujo de esta niña alcanza a comunicarnos lo que se propuso. Evidentemente su lenguaje gráfico es sólo un apoyo a su concepción ideal y en este sentido a ella la satisface aunque a nosotros no llegue a convencernos. Lo que sí interesa es advertir las notas esenciales de este dibujo infantil, que pueden homologarse con las de los pri-

mitivos y las de algunas escuelas modernas: supresión de la perspectiva, por lo que las olas avanzan hacia lo alto en lugar de perderse en el fondo; simultaneidad de los datos de la escena, que le confiere un aire de recuento de materiales: rocas, madre, niña, estrella de mar, barca, marinero, olas, cielo...; y autonomía del color de los objetos en los que no influye la atmósfera: el cielo es azul, el mar verde, la estrella de mar rojiza, los vestidos de diferentes colores. En un espacio imaginario y bidimensional, en una "realidad inventada" con lo que la niña sabe de la misma, apila las cosas que conoce del mundo, animándolas, dotándolas de voluntad. De una voluntad de ser siempre "cosas" sin relación con lo que las rodea y no las traspasa. El egocentrismo infantil se advierte en sus dibujos: cada cosa es en sí un yo solitario, que flota en el ambiente, tímido pero imperturbable, ingenuamente eficaz... Ha dicho Sami Ali que "lo que el niño descubre jugando, el adulto lo reencuentra mucho después, regresando por reflexión a la experiencia original del mundo". Y aquí se encuentra la estrecha similitud de las pinturas arcaicas y de ciertos estilos contemporáneos con el fresco dibujo, tan significativo, de la infancia.

Y por fin, ¿para quién pintan los niños? Porque en las pinturas rupestres nuestros antepasados transmitían su escritos, sus enseñanzas y sus mensajes; los objetos que produce el arte de nuestros contemporáneos también tienen un sentido preciso. Pero los niños, que no copian sino que inventan, ¿para qué ángeles o diablos expresan su lenguaje logográfico? A nosotros, los adultos, nos gusta su pintura mucho más que a ellos mismos. Por lo menos nos interesa más permanentemente. Porque ellos la desdeñan apenas avanzan otro paso, y luego la olvidan; no les es grata sino más tarde, cuando la ven con los ojos del hombre que rememora su infancia. Entonces estiman sus dibujos y les interesan porque ya no les pertenecen: se han desprendido, como la piel de la serpiente.

Son, los dibujos de los niños, diarios de un estado de alma. Pero como son del alma sin historia de la infancia, nadie quiere reconocerse en esos dibujos. Y hay razón en ello; porque la infancia, tierra de angelología diabólica, es un país único, pero desconocido, una presencia que se esfuma cuando, como en el antiguo mito, el hombre se vuelve para ver si le sigue los pasos. La mano del niño ausente, que ya no gobernaremos más, fue la que dibujó esa estrella y ese barco; nosotros vamos mar afuera, y sólo ese cartón nos dice adiós. ■

Frida Schultz de Mantovani

Tomado de: SCHULTZ DE MANTOVANI, Frida. *Sobre las hadas*. Buenos Aires: Editorial Nova, 1959.